

EL DR. JUAN GUITERAS GENER

(Por el Dr. JOSE A. LOPEZ DEL VALLE)

Es imposible hablar de Finlay en este—hogar sanitario—, sin que asociemos en nuestro recuerdo y en nuestra devoción, otro nombre augusto: el de Juan Guiteras, investigador valioso, sabio eminente, patriota esforzado, ciudadano por todos conceptos ejemplar, que honró a Cuba en el extranjero y en el territorio nacional y cuyo nombre aureolado por la fama, constituye para los médicos cubanos, bandera de honor, símbolo de ciencia y de virtud, timbre de orgullo y de gloria.

Guiteras, por su sencillez extraordinaria, verdaderamente evangélica; por su modestia realmente notable, por su saber y por el culto y devoción que rindió siempre a la verdad y a la ciencia, a la Patria y a la familia, al deber y al honor, puede indiscutiblemente, ser presentado como el modelo de las más grandes virtudes cívicas y del mayor valer profesional.

Se consagró, con decisión de apasionado creyente a los más puros ideales; la ciencia, la Patria y la familia. Fué, por los amplios, vastísimos y profundos conocimientos que atesoró, por su dedicación constante al estudio y al trabajo, un verdadero sabio en toda la amplitud de esta palabra. Para ello, todo lo reunía: el saber y la bondad; la sencillez infinita, y la modestia absoluta; un alma limpia y pura, de blanca nitidez y de candor infantil, dentro de las energías y los alientos de un titán.

Puede decirse que se pasó su vida enseñando, vertiendo sobre el cerebro de sus oyentes, el ánfora bendita de su saber. Hablaba, como si estuviera en una cátedra rodeada de discípulos. Y es que Guiteras, procedente de una familia de maestros, fué siempre, y por encima de todos sus méritos, un gran educador; por sus conocimientos, por su valor científico, por los actos de su vida.

Guiado, estimulado por su amor a la verdad, llegó a ser notabilísimo investigador científico. Afanoso por obtener el más exacto conocimiento de los hechos y descifrar los problemas que observada, llegaba en sus estudios hasta a profundizar los detalles a primera vista más insignificantes. En ese orden realizó trabajos realmente maravillosos. El laboratorio, el hospital, la cátedra y la Dirección de Sanidad, fueron sus grandes campos de acción, desde los cuales demostró todo su valer y toda su competencia, realizando trabajos e investigaciones científicas que inmor

talizaron su nombre y que dieron días de legítima gloria a la Medicina y a la Patria.

La vida de Guiteras es tan fecunda para la ciencia y para la Patria, de una actividad tan extraordinaria en distintos órdenes, especialmente en el científico, que para seguirla precisa un estudio razonado, detenido y completo, una biografía extensa, en que se haga mención de los distintos aspectos en que se presenta a nuestra admiración. Pero nosotros, en este estudio ligero nos limitamos a señalar, como puntos más salientes de aquella existencia por tantos conceptos útil, al clínico, al hombre de laboratorio, al maestro y al sanitario y como brillante aureola a esas facetas deslumbrantes, las del patriota que laboró denodado y decidido por la libertad de Cuba.

Dada la naturaleza de éste, nuestro trabajo, haremos especial mención de sus triunfos en el orden higiénico, de las campañas que hubo de librar al frente de la Sanidad cubana, de la que fué uno de sus organizadores. En ese sentido, son de tal naturaleza los méritos de Guiteras, que casi dominan el campo inmenso de sus provechosas actividades. Fué un sabio. Un patriota. Un gran investigador. Pero todo ésto, para nosotros, lo comprendemos y lo sumamos diciendo que Guiteras fué nuestro gran sanitario.

Se inicia en estas disciplinas con sus monumentales trabajos sobre fiebre amarilla, comenzados desde 1879 y formando parte de una Comisión técnica designada por el Gobierno americano para el estudio de focos epidémicos ocurridos en la Florida. Con tal motivo, y como resultado de sus observaciones presentó interesantes informes con respecto a la marcha de la epidemia en Jacksonville, en Carolina del Norte y en Cayo Hueso.

Acto seguido da a conocer distintos trabajos relacionados con el diagnóstico de la fiebre amarilla, demostrando sus excelentes dotes de concienzudo y paciente investigador. Una prueba evidente de esas facultades de afortunado observador, la tenemos en sus geniales informes sobre la fiebre amarilla en los niños y el estudio completo que hizo con respecto a la sintomatología y marcha de esa infección en los antillanos, especialmente en las zonas donde existían grandes focos de fiebre amarilla.

Todos recordamos, que gracias a las investigaciones y trabajos de Guiteras, se precisó de manera clara y terminante, el diagnóstico de la fiebre amarilla en los niños cubanos, que por entonces, 1894, solía confundirse con manifestaciones agudas y graves del paludismo.

Guiteras logró establecer lo que a fiebre amarilla correspondía, echando por tierra antiguas teorías sobre la naturaleza de

la llamada fiebre de Borrás de los niños, en los países donde reinaba endémica y epidémicamente la fiebre amarilla.[^]

Para que se advierta la importancia trascendental de estos trabajos, vamos a citar un caso del que fuimos testigos y que demuestra la utilidad práctica de esos estudios. En 1902, cuando ya se consideraba y así oficialmente se había declarado, erradicada totalmente la fiebre amarilla de La Habana, se presentaron, de pronto, en una Casa de Salud de esta capital, seis casos de esa infección en individuos que según los primeros informes, residían en casas situadas en esta Capital. Fuimos comisionados para hacer las primeras investigaciones para localizar el verdadero domicilio de esos enfermos, particular que en los trabajos sanitarios tiene una importancia capital, ya que sirve para orientar de manera firme, las medidas a tomar e indica el lugar probable donde se contrajo la infección.

Logramos investigar que aquellos enfermos aunque con domicilio aparente en La Habana, vivían, sin embargo, en Santiago de las Vegas, donde habían estado trabajando hasta el día en que se enfermaron en una fábrica de tabacos allí establecida. Por lo tanto, no podía considerarse La Habana como infectada, sino al vecino pueblo antes mencionado y entonces fuimos comisionados el doctor Guiteras y yo, para trasladarnos a Santiago de las Vegas, con objeto de llevar a cabo los trabajos sanitarios correspondientes.

Guiteras, en el acto, como el inicio de sus labores se dirigió a los libros del Registro Civil de los Juzgados, para hacer un estudio de las causas de defunción de los niños en Santiago de las Vegas, inspirándose para llevar a cabo esos estudios, en el criterio firme que tenía, de que allí, donde reinaba la fiebre amarilla, caían, víctimas de ella, muchas veces con otros diagnósticos, los niños cubanos. Y esas sus fundadas teorías, las pudo comprobar suficientemente, ya que advertimos en primer término, y como detalle saliente una gran mortandad en niños menores de seis años y que gran número de las causas de muertes eran atribuidas a infecciones gastro-intestinales, procesos hepáticos, fiebre de Borrás y otras infecciones indeterminadas, que seguramente encubrían casos de la infección amarilla.

Ya, merced a la sagacidad de Guiteras y a sus firmes orientaciones científicas, teníamos un indicio firme para nuestro trabajo. Más tarde, tuvimos pruebas plenas, de que efectivamente, Santiago de las Vegas, era un verdadero foco amarillo.

Ya hemos dicho que no es posible, en un trabajo de la naturaleza de éste, seguir a Guiteras, ni a través de sus múltiples actividades, ni siquiera de cada uno de sus estudios sobre fiebre amarilla, ni de sus investigaciones sobre Patología tropical, ya que su producción científica en este sentido es de tal magnitud,

que demanda una especial y detenida consideración. Debemos, si, citar, como los más trascendentales, sus estudios sobre la filarí, descubriendo su presencia en determinadas localidades de los Estados Unidos y la Uncinaria, que demostró su existencia en Cuba; sus investigaciones sobre Chappa —acropatía mutilante—, que tuvimos la fortuna de llevar a cabo en su compañía en 1903, en Ciego de Avila; sus numerosas publicaciones sobre paludismo, tuberculosis, fiebre de Malta, disentería, y sus curiosas observaciones sobre enfermedades transmisibles por agentes intermediarios.

Consagró publicaciones de gran valor sobre Pelagra, Parálisis Infantil en Cuba, diagnóstico del muermo, de la Uncinaria y de la Tifoidea en los campos de Cuba, dictando reglas precisas para su profilaxis y dando a conocer los distintos mecanismos de esta infección.

Entre los numerosos trabajos científicos que publicó durante el curso de su vida provechosa, figuran los relativos a las enfermedades del corazón y de las arterias, especialidad que Guiteras, dominaba de una manera absoluta, pues a su maestría extraordinaria en la auscultación y en la percusión, unía de una parte, su oído perfeccionado de manera notable para percibir aún los soplos y ruidos más tenues y su inteligencia superior y su juicio claro y sereno para interpretar y deducir más tarde, aquellas manifestaciones físicas y valorizarlas a la luz de su experiencia y de su saber. Puede afirmarse, que una de las más notables disposiciones de Guiteras, en el orden de la exploración clínica fué la de auscultar con pericia maravillosa y con una habilidad realmente sorprendente. Nosotros, que tuvimos oportunidad de seguirlo durante gran parte de su vida profesional, pudimos advertir, que el rostro de Guiteras se iluminaba con la luz vivísima del genio y con la sonrisa inefable del artista, cuando en su laboratorio trabajaba a través del microscopio y cuando en la clínica exploraba a sus enfermos. Aquel hombre de continente austero, de rostro habitualmente serio y grave, de expresión severa y de mirada serena, de aparente frialdad, que en el primer momento hacía la impresión como habituado a la bruma de los países del Norte, se transformaba por decirlo así, ante el entusiasmo científico y se animaba su rostro, dando a conocer todas las ternuras y todos los ardores de su corazón, bien ante la familia, la Patria y los trabajos profesionales, sobre todo, aquellos en los cuales intervenían la clínica o el laboratorio. Y es que Guiteras aunque educado en los países del Norte, llevaba en el fondo de su corazón, todo el fuego del Trópico, todo el calor de estos países de sol y esa tendencia al bien, a la caridad y al amor que los médicos vamos adquiriendo en la práctica de nuestra profesión, sobre todo en la vida hospitalaria, a la cabecera de los enfermos, en medio de aquel ambiente tan lleno de tristezas, pero que van preparando nuestras almas a la piedad y al

amor. Guiteras templó, preparó su alma médica, en el hospital y en el laboratorio. Se acostumbró a descifrar enigmas que a diario se nos presentan, bien en ese libro abierto del enfermo, bien a través de los lentes del microscopio. En su vida de laboratorio adquirió el hábito, la precisión matemática, la orientación segura y firme de sus decisiones, sus hábitos de vida, de una sobriedad casi conventual. Y en la clínica, familiarizó con el trato de los enfermos, a la exploración minuciosa de los mismos y a su examen cuidadoso e integral.

Revisando y anotando, muy a la ligera por cierto, sus datos biográficos nos encontramos que fué médico de visita y residente del Hospital de Filadelfia de 1873 a 1879. Después, y durante diez años, prestó sus servicios como médico de Servicio de Hospitales de Marina de los Estados Unidos. En 1881, el Gobierno Americano advirtió sus excepcionales condiciones y su preparación extraordinaria y lo designó como experto en fiebre amarilla.

En 1884 comenzó otra nueva fase de la proteica actuación profesional de Guiteras: la de profesor. Es nombrado, con esa fecha, Catedrático de la Escuela de Medicina de Charleston, Estados Unidos de América, y en 1899, designado como Profesor de Patología de la Universidad de Pennsylvania.

Guiteras, como Finlay, acudió a los campos heroicos de Santiago de Cuba, a prestar, con el Ejército Americano, su cooperación valiosa en la guerra Hispano-Americana. Fué designado, en su calidad de perito de fiebre amarilla, para ocupar un cargo de experto en tales trabajos, en el Estado Mayor del General Shafter, habiendo prestado, en 1898, servicios importantísimos en nuestro Oriente bravio y luminoso. Precisamente en esa Provincia, en la pequeña rada de Siboney, escogida como punto estratégico para desembarcar las primeras tropas americanas que vinieron a cooperar con las cubanas, se presentó un brote epidémico de fiebre amarilla, que fué combatido rápidamente por aquellos dos grandes colosos de la Medicina Tropical: Finlay y Guiteras.

Terminó la Guerra de Independencia. Al iniciarse los trabajos para el establecimiento de la República, Guiteras renunció su cátedra de la Universidad de Pennsylvania, para venir a residir aquí, a la Patria de sus amores, a la que habían ayudado a libertar de manera decidida, con su esfuerzo generoso, con empeño noble y continuado. A partir de esa fecha, ya Guiteras es —totalmente nuestro—. Comenzó entonces su actuación sanitaria. Es designado Miembro de la Comisión de Fiebre Amarilla, de la que fué más tarde Presidente. Ocupó la Cátedra de Patología General de la Universidad de La Habana, desempeñando más tarde, la de Patología Tropical y siendo llevado, en mérito a sus

grandes prestigios, por sus compañeros de Claustro, al Decanato de la Facultad de Medicina y Farmacia.

Con Finlay, Gorgas, Agramonte, Díaz Albertini y Tamayo y demás miembros de aquella gloriosa Comisión de Fiebre Amarilla, Guiteras realizó una labor de gran valor para el diagnóstico de los ataques de esa infección, y, en consecuencias, para la oportuna adopción de las medidas sanitarias correspondientes. Tomó parte principalísima en las experiencias que se llevaron a cabo en el Hospital "Las Animas", para la confirmación, dentro de lo que pudiéramos llamar el terreno —puramente sanitario—, de las inmortales experiencias que con sin igual maestría realizó en el campamento "Lazcar", la Comisión de Médicos Americanos y confirmaron y sancionaron oficialmente el descubrimiento de nuestro Finlay. Además, fué un colaborador eficaz del Departamento de Sanidad, prestando en todo momento, su concurso valiosísimo en las grandes campañas iniciadas para combatir la fiebre amarilla, cada vez que se acudió a su eficacia y competencia de todos reconocida.

Finlay, —discutido en vida en los primeros tiempos cuando dió a conocer su inmortal descubrimiento—, negado aún después de la muerte, cuando se trata de ocultar la gloria que le corresponde— tuvo sin embargo, el consuelo y la compensación a tantas amarguras e ingraticudes, de tener a su lado, en primera línea, al frente de sus grandes admiradores, a dos amigos que pueden ser presentados como modelos de consecuencia de lealtad y de compañerismo, perfectamente compenetrados en sus propios ideales y aspiraciones científicas: Delgado y Guiteras. Si Delgado fué su Cirineo, Guiteras fué el Heraldo de sus glorias. El primero fué su colaborador eficaz en los días amargos y difíciles —de 1881 a 1891—, cuando exponía ante la indiferencia de los demás, sin ser comprendido más que por Delgado, su descubrimiento trascendental. En aquellas horas inciertas, el único que creyó en él, fué ese compañero ejemplar, cuyo nombre debemos recordar siempre con el de Finlay, por su gran consecuencia y por sus merecimientos en todo orden.

Más tarde, ya al hacerse la luz, al aceptarse su descubrimiento, tuvo también Finlay a su lado, a Delgado y a Guiteras. El primero, para cooperar modestamente en el lugar que se le asignó en el gran ejército sanitario que acababa de formarse, para llevar a la práctica, bajo la sabia dirección de Gorgas, las doctrinas de Finlay. El segundo, Guiteras, para proclamar por el mundo entero, en distintos y bien documentados informes, el mérito que a Finlay corresponde; para salir a la palestra, lanza en ristre, e iniciar, con todo el prestigio de su nombre, con toda la autoridad de su palabra, las primeras campañas que hubo que dar en honor a Finlay y para restablecer la verdad científica, en cuyas justas y reparadoras tareas, estamos todavía empeñados.

Guiteras, en su calidad de Miembro de la Comisión de Fiebre Amarilla y después como Director del Hospital "Las Animas", como Vocal de la Junta Superior de Sanidad, fué un gran colaborador en los trabajos sanitarios. Como compañero inseparable de Finlay, por el cariño entrañable que los ligaba, fundidos seguramente, en el oro de fina ley de que estaban forjados sus corazones, actuó siempre como un asesor generoso y entusiasta de nuestro genial compatriota, cuando echó sobre sus hombros la inmensa tarea de dirigir la sanidad cubana en 1902. Finlay, en esos nuevos empeños, fué también un afortunado. Allí estaba con Guiteras otro grande de la Ciencia, otro compañero de un valor positivo, de mérito realmente superior, Enrique B. Barnet. Con estos dos excelentes compañeros y con el concurso de los demás miembros de la Junta Superior de Sanidad, inició Finlay la labor trascendental de organizar la Sanidad cubana.

Pasa, por lo general, inadvertida la labor constructiva, de un valer extraordinario, que realizan, de manera anónima, elementos valiosos, que con su talento y con su esfuerzo, contribuyen en forma decisiva a los mayores éxitos de la vida. Dios ha puesto en los hombres superiores que llevan a cabo esas nobilísimas tareas, destellos geniales en sus cerebros, bondad infinita en sus corazones y generosidad inagotable en sus almas sencillas y buenas.

La Sanidad Cubana en todos los tiempos ha contado, como uno de sus más firmes sostenes, de sus más hondos cimientos, entre sus componentes de mayor valía, como el secreto de sus triunfos sorprendentes, con el concurso desinteresado y decidido, de una pléyade de hombres superiores, que en el silencio augusto del gabinete de trabajo; en la calma plácida y silenciosa del laboratorio, en las fructíferas tareas de la clínica, han nutrido sus cerebros en el estudio, la experimentación sabia y la observación sagaz, para después, bien en el seno de la Junta Superior de Sanidad primero, en la Nacional de Sanidad y Beneficencia después, en la Comisión de Enfermedades Infecciosas, o en informes razonados y siempre que se presenta la ocasión propicia para ello, aportan todo el tesoro de esos conocimientos, para la organización de los servicios; la apropiada legislación sanitaria, la orientación firme de las campañas higiénicas y para el mejor éxito de las tareas encomendadas a la Secretaría de Sanidad y Beneficencia.

Así vemos, en el año 1902, al crearse la Junta Superior de Sanidad, trabajar con empeño decidido a un grupo de hombres de gran valer científico, acometiendo la tarea con Finlay de Presidente y Barnet de Secretario, de llevar a la práctica las disposiciones contenidas en la Orden Militar 159, del citado año, la que puede considerarse como el primer intento de nacionalización de los servicios sanitarios.

Acometen esos sanitarios ilustres, la ardua tarea de crear las Juntas Locales de Sanidad, sin contar con los recursos materiales para ello; pero dándoles una firme y segura orientación.

Barnet, la abeja sanitaria, inicia la obra de nuestra legislación. De la nada, puesto que no existían precedentes de una uniforme y total reglamentación, hace surgir, con su talento, con su laboriosidad, con su estudio, las Ordenanzas Sanitarias, texto en el que colaboran, aportando cada uno de ellos sus grandes conocimientos, Finlay y Guiteras, Santos Fernández, San Martín y Jacobsen, Aróstegui y Dueñas, Roberts y Varela Zequeira, y como Asesor Legal, el muy ilustre José del Cueto y Pazos, Profesor de la Facultad de Derecho. Más tarde, contamos con el concurso, entre otros, del gran Tamayo, cuya memoria honramos en este acto.

Comienza, con la actuación de esa brillantísima Junta Superior de Sanidad, con la gestión científica y administrativa de Finlay y Barnet, con la colaboración de otros compañeros meritísimos, entre los que se destaca la figura de Guiteras, lo que pudiéramos llamar la edad de oro de la Sanidad cubana, que por fortuna y para nuestra suerte, continúa a través de los tiempos y de las grandes vicisitudes sufridas durante nuestra vida administrativa.

Revisando las Ordenanzas Sanitarias, nosotros podemos advertir allí, los que tuvimos la suerte de ser testigos de cómo fué formado ese nuestro primer código, la labor que realizaron cada uno de los miembros de la Junta Superior. Y en esa obra Guiteras puso, como en todas las que emprendía, su saber, su experiencia, su excelente disposición, para toda obra que redundara en beneficio de la Ciencia y de la Patria.

En 1909, al ponerse en vigor la Ley del Poder Ejecutivo, el General José Miguel Gómez, a propuesta del entonces Secretario de Sanidad y Beneficencia, Dr. Matías Duque, designó al Dr. Juan Guiteras, como Director de Sanidad. Y desde este cargo elevado y difícil, de una responsabilidad extraordinaria, Guiteras no hizo más que continuar firme y decidido la gran obra sanitaria que desde hacía tiempo venía realizando.

«V Guiteras, que fué indiscutiblemente uno de nuestros clínicos más sapientes de larga práctica y cultura médica extraordinaria, pudo haber sido uno de los profesionales de mayor clientela privada, y obtener así honores y provechos. Sin embargo, prefirió siempre la clínica hospitalaria y el Laboratorio. Para la práctica médica diaria en los hogares, en el seno de las familias, comunicativa y franca sociabilidad, tan necesarias en las relaciones entre el médico y sus clientes particulares. Y Guiteras, lejos de poseer esas condiciones especiales, era por lo contrario, un tanto árido y seco en sus primeras manifestaciones y precisaba

un trato constante, un conocimiento perfecto de su corazón, para poder apreciar y darse cuenta exacta, que tras su continente severo y frío, se ocultaba un alma capaz de sentir las mayores ternuras y afectos.

Caracterizaba a Guiteras, —y sobre este particular se han hecho comentarios diversos— la vacilación con que a veces exponía sus ideas y formulaba sus juicios. Para unas, esa forma dubitativa en que en determinados casos exponía sus opiniones, era un síntoma de debilidad de carácter. Para otros, inseguridad en la acción. No hay nada de eso. Podemos así rotundamente negarlo, los que tuvimos la oportunidad de comprobar la firmeza de sus juicios y de su carácter. Guiteras era fundamentalmente, un hombre de grandes energías, de decisión inquebrantable, de una actuación firme, serena, segura, como las que se basan en el profundo conocimiento de las cosas.

Para comprobar ésta opinión, basta leer sus numerosos trabajos científicos, en los que expone, con claridad meridiana sus conclusiones firmes, sus observaciones clínicas, sus experiencias de laboratorio y los resultados de las mismas; sus valientes trabajos, en los que con gran entusiasmo y decisión, defiende, precisa y proclama la gloria de Finlay, contra la insidia, el olvido y la mala fe, de los que quieren silenciar o negar el descubrimiento trascendental de ese cubano insigne; sus viriles informes, en los que gallarda y patrióticamente con un alto espíritu nacionalista, con arrestos juveniles, refuta, con frases llenas de fuego, de pasión, de ciencia y de verdad, las calumniosas inculpaciones hechas a Cuba por gratuitos o interesados detractores de nuestra capacidad sanitaria. Lejos de advertirse dudas y vacilaciones en sus juicios, se comprueba, por el contrario, que todos ellos están inspirados en un criterio fijo, decidido, en una seguridad absoluta y un dominio completo de la materia y con una convicción científica inquebrantable.

Es cierto que algunas veces cuando hablaba se advertía incertidumbre en sus opiniones, algo así como una irresolución en emitir un juicio definitivo. Pero eso era en la forma, en la presentación, en lo aparente. Quizás se debiera —como sucedía con Finlay, con Gorgas y con otros grandes del pensamiento y de la acción— a dificultades en la expresión, acaso a no perder tiempo en perfilar la frase o en redondear un período.

Acaso, estos soberanos artífices del pensamiento, que conciben la perfección de las cosas, no pueden a veces, expresarlas por medio de la palabra hablada, pobre para sus geniales concepciones y de ahí, que prefieran la palabra escrita y la propia acción, como medio este último, más completo para dar vida a sus pensamientos.

Podría Guiteras al hablar, tener esas vacilaciones. Pero sus escritos, reflejos fieles de su cerebro, y en sus acciones, que expresaban su carácter, se distinguieron, precisamente por su firmeza y seguridad.

Finlay —Carlos Eduardo— define, en una nota biográfica sobre Guiteras, esa especial condición de su carácter, diciendo:

“La indecisión aparente a que acaba de referirme, se debía a su culto a la Verdad, que le obliga a exteriorizar las diferentes contingencias posibles en cuanto al diagnóstico, pronóstico y tratamiento que otros ocultan bajo declaraciones terminantes y autoritarias que deslumbran al paciente y a sus familiares, pero que dejan con frecuencia de ser exactas.”

Ya que no podemos seguir paso a paso, tal como se merece, y que en no lejano día habrá de hacerse, toda la actuación de Guiteras a través de la Secretaría y de la Dirección de Sanidad, trataremos de resumir su actuación brillante y ejemplar, diciendo que Guiteras, con su hombría de bien, su competencia excepcional y su laboriosidad constante, honró esos cargos, honró a la República, y nos honró a todos, ya que siguió en todos los momentos un camino de honor y de gloria, digno de ser imitado.

Guiteras desempeñó la Dirección de Sanidad de mayo de 1909 a mayo de 1921 en que renunció a ese cargo acogiéndose a la Ley de Retiro, por no estar de acuerdo con resoluciones superiores, en lo que se refería a la libre admisión de inmigrantes no deseables. Al poco tiempo, en mayo de 1921, al tomar posesión de la Presidencia de la República el Dr. Alfredo Zayas, fué designado por éste, Secretario de Sanidad y Beneficencia, cargo que desempeñó hasta el año de 1922, en que le fué “aceptada la renuncia de su cargo.”

Quien había conquistado por su saber y por sus estudios un nombre verdaderamente universal y que era tenido, con muy justos títulos para ello por una gloria de la Medicina Americana, no podía en manera alguna, sufrir quebranto en su nombre y en su fama, ni en sentido favorable ni adverso, por los cargos que ocupase o por las posiciones oficiales a que fuese llevado.

Ya Guiteras tenía derecho a ser Guiteras, tanto desde las cumbres del Poder, como desde el retiro modesto de su hogar. No había sido elevado ni estaba sostenido en lo más alto de la gloria, ni por posiciones ajenas a sus méritos, ni su nombre había volado, en alas de la fama, impulsado por favores extraños. Había escalado las altas cimas de la ciencia por sus propios merecimientos, por su personal valer, por algo que nada ni nadie podía arrebatarse, ni aún la propia muerte: la fama conquistada, palmo a palmo, a fuerza de estudio, virtudes, de especial preparación mental.

Guiteras no había, ciertamente, nacido para las tareas de orden administrativo. Su inteligencia, forjada para más altos empeños científicos, no estaba preparada para actuar dentro de los moldes oficinescos, por lo general, sistematizados, estrechos, en un automatismo y rutina agobiantes que esterilizan, muchas veces, las mayores y más provechosas energías. Por esta razón poderosa, en la Dirección de Sanidad, fué más que nada, un maestro, un asesor, un instructor que dictaba reglas a seguir en las campañas sanitarias y que orientaba éstas por los firmes y seguros derroteros de las modernas conquistas científicas. No llegaba a los detalles minuciosos que requieren y que demandan la aplicación práctica de esas medidas. No conocía los múltiples y complicados engranajes de la máquina administrativa. Era un hombre cuyo puesto estaba en el Laboratorio, en la Cátedra, en la Clínica, en el gabinete de estudios y no en un bufete de despacho de expedientes oficinescos. Por eso, cuando nosotros evocamos su figura venerable, cuando viene a nuestro recuerdo, a nuestro corazón y a nuestra gratitud, la labor inmensa que realizó al frente de la Sanidad cubana, lo recordamos siempre en el Hospital "Las Animas", en el Laboratorio de Investigaciones, en la Escuela de Medicina, presidiendo la Comisión de Enfermedades Infecciosas y la Junta Nacional de Sanidad, iluminando, con su saber extraordinario, la ruta que debíamos seguir para el mejor éxito de los trabajos encomendados a este Departamento.

Guiteras, como todos los hombres verdaderamente superiores se presentan a nuestra admiración desde muy distintos puntos de vista. Es un brillante con facetas variadas, cada una de las cuales deslumbra por su fulgor. Así tenemos, que al lado del Guiteras austero y grave, cuyo rostro envuelto en la nieve de su cabello, de aquella expresión severa y fría, envolvía todo el fuego, todo el entusiasmo y todo el amor del Guiteras amante de las letras, cultivador afortunado de la Literatura, apasionado por la poesía y admirador devoto de las Bellas Artes. Los que tuvimos lá suerte de ser sus amigos y visitar su hogar, aquel santuario de todas las virtudes, recordamos como Guiteras había hecho una colección, que tenía en sitio de honor, de los retratos de los grandes de la Ciencia, de las Letras y de las Artes.

Y así, al lado de las fotografías que representaban a Pasteur y a Lister, a Finlay y Albarrán, a Koch y Ehrlich, a Virchow y Laennec, figuraban las de Shakespeare y Byron, Plácido y Milanés, Beethoven y Listz y de otros grandes virtuosos y poetas inspirados y tiernos.

La inclinación decidida, la afición verdadera sentida por Guiteras hacia la poesía, la demostró en diversas ocasiones, llegando a profesar culto tan fervoroso hacia esa exquisita y delicada manifestación de una de las más Bellas Artes, que la proclamaba como un evangelio de bondad y de consuelo.

Para que se adviertan la verdad de estas afirmaciones, vamos a transcribir aquí, lo que en sesión memorable aconsejaba Guiteras, en un discurso dedicado a las nuevas Jefas de las Enfermeras cubanas:

“Leed a Milanés, ponedlo como un libro de oración en las manos de vuestras alumnas, y así podrá siempre el que sufre en el lecho del dolor, decir de vosotras, repitiendo sus versos:

“Como es tanto su decoro,
Su compasión, su ternura,
A veces se me figura Que un ángel
debe de ser Que ha bajado a ser
mujer Por consolar mi amargura”.

El Dr. Rodríguez Molina, hace constar, en una nota biográfica de Guiteras, que en una excursión de Médicos a Matanzas, ese compañero insigne los llevó como a un santuario, al departamento donde estuvo preso Plácido.

Y después de referirles, emocionado, con gran sentimiento, los pasajes principales de la triste vida de aquel poeta inmortal, recitó una de sus más inspiradas plegarias y al terminar les dijo a sus compañeros: “Todos los cubanos debemos pensar en Plácido. Piensen en Plácido.”

En muchos de los escritos de Guiteras, se advierte sus excelentes condiciones de literato y se deja ver, como volcán cubierto de nieve, el fuego que ocultan sus entrañas. Recordemos sus escritos vehementes, verdaderamente apasionados, en los que defendía con todo el calor del patriotismo, con la fuerza de la razón y con argumentos formidables, a Cuba, de ataques que se le dirigían por elementos extraños, que trataban de discutir, en un tiempo nuestra capacidad para dirigir los asuntos sanitarios. En esos informes se advierte fácilmente, al lado del hombre de autoridad científica indiscutible, al cubano apasionado por su tierra y al literato fácil, de estilo claro y conciso.

En distintos discursos de Guiteras muestra su entusiasmo por nuestras grandes bellezas naturales, siendo con el Coronel Gorgas, un Cantor de la nueva gran civilización tropical, que a juicio de esos sanitarios inolvidables, parece ser el porvenir de la humanidad.

Se destacan con gran relieve, entre los numerosos servicios prestados por Guiteras a Cuba y a nuestra Sanidad, los que pudiéramos clasificar como de orden internacional, realizados, casi todos ellos, en el extranjero, en el desempeño de importantes comisiones, bien como Delegado de Cuba a Congresos Médicos y Convenciones Sanitarias, bien formando parte de Comisiones Técnicas designadas por la Fundación Rockefeller.

En todas esas reuniones científicas, la voz y la opinión de Guiteras eran escuchadas justamente, la de una verdadera autoridad sanitaria. Se sometían, a su informe, aún los más arduos y difíciles problemas, los que resolvía con rapidez sorprendente, que mostraban bien a las claras, su alta preparación para tan elevados empeños. Por su actuación brillante, puso siempre muy alto el nombre de Cuba y de nuestra cultura profesional.

Entre las distintas Comisiones Científicas para las que fué designado en el extranjero, recordamos ahora, cuando en unión de Finlay concurrió a las Conferencias de Washington de la American Public Health Association y a las Conferencias Anuales de los Directores de Sanidad y para distintos estudios e investigaciones científicas. En 1907, es designado para el Congreso Internacional de Higiene de Berlín, y, en el propio año, para la Tercera Conferencia Sanitaria Internacional de las Repúblicas Americanas. En mayo de 1910, se le nombró para ir a Washington, en unión de los Dres. Díaz y Alacán, con objeto de realizar importantes reuniones relacionadas con la redacción de la Farmacopea. Se le designó en 1912 para que llevara a cabo estudios sobre el Cólera en los Estados Unidos de América, y en 1915 tomó parte, con los Dres. Agramonte y Lebrede, de la Delegación Cubana a la Conferencia de Washington. En 13 de junio de 1916, el Dr. Guiteras fué nombrado por la Fundación Rockefeller, Miembro de la Comisión de Expertos de Fiebre Amarilla, destinada a practicar investigaciones en relación con esa enfermedad en el Africa. Con tal motivo, Guiteras realizó un largo viaje, llevando a cabo estudios en extremos interesantes.

Matanzas que vive la gloria de ser su cuna, tiene también el honor de guardar en su seno amoroso, sus mortales despojos, Guiteras nació en esa poética y romántica ciudad, gala y orgullo de la República, el día 4 de enero de 1852. Durante toda su infancia, permaneció en Matanzas, hasta que en 1868 se trasladó a La Habana, para comenzar sus estudios superiores. En 1869, se trasladó con su familia a los Estados Unidos de América, pues su padre, el inolvidable Eusebio Guiteras, deseoso de poner a sus familiares a cubierto de las persecuciones de que eran objeto en aquella época los cubanos, hubo de tomar esa prudente decisión.

Guiteras continuó sus estudios en la Universidad de Pennsylvania en 1870, graduándose de Doctor en el 73, a los 21 años de edad. A pesar de su larga residencia en el Norte, Guiteras fué siempre un apasionado de los países tropicales.

En distintas publicaciones, en su "charla" diaria, en disertaciones académicas y en otros centros científicos, Guiteras sostenía que, era el Trópico el lugar ideal para la curación de la tuberculosis y de otras enfermedades. El Trópico podía considerarse como el Sanatorio del Mundo. Este amor, esta devoción, este entusiasmo por los maravillosos, feraces y ricos países tropicales que

sentía, no se debería acaso, a que se vió obligado a pasar gran parte de su vida —1869 a 1899— emigrado en países del Norte?

Guiteras se trasladó a los Estados Unidos de América cuando tenía tan solo diez y seis años de edad, es decir, cuando su corazón en la edad florida de la existencia, se abrió a los más puros ideales. Debido a su carácter observador, dado a la meditación, a su fino y delicado espíritu artístico, Guiteras, durante esos años primeros de su adolescencia había podido apreciar, en toda su grandeza, las extraordinarias y sorprendentes bellezas naturales de su ciudad natal. Había inundado su cerebro y su corazón, de todo el sol, de todos los encantos de aquella ciudad sorprendente, de múltiples y variados encantos. Y con todo ese bagaje se trasladó a otro clima y a otra tierra, donde la bruma formaba a veces, inmenso telón que ocultaba el horizonte y la nieve, en los días crudos del invierno, ponía blanco manto sobre las cosas y las calles, cubriendo con su albo ropaje, toda la vegetación.

Y el joven matancero, tan sensible a las bellezas de la Naturaleza, lejos de olvidar las hermosuras y galas de su patria, parecía como que éstas se exaltaban, comparándolas con la frialdad del medio en que vivía y adquirirían las enormes proporciones de los hondos afectos y de los grandes quererres, a través del tiempo y de las distancias.

Guiteras adoró, esa es la verdadera palabra, a Matanzas. Cuando el peso de los años amenazaba rendir sus energías físicas y crónica dolencia lesionaba su corazón, cuando se dió cuenta de que declinaba ya rápidamente en la pendiente de la vida, volvió a Matanzas para residir en ella, para pasar en aquel ambiente que tanto amaba, los últimos días de su vida.

La existencia de ese cubano excelso, fué Honor para la Patria y Gloria para la Ciencia y Bien para la Humanidad. Sin embargo, la vida fué para Guiteras, Deber y Dolor. El primero fué su religión. El segundo, su Calvario. Cumpliendo los dictados de su conciencia, dedicó su vida al apostolado científico. Fué un gran benefactor.

Y aquel hombre, que con su saber extraordinario y con su actuación profesional había evitado tantas tristezas y tantas angustias, sufrió los más cruentos pesares. Vió morir en la emigración, a sus padres. Cuando sintió latir su corazón a impulsos de un apasionado amor de abuelo y en su imaginación veía su hogar renovado con las alegrías y los encantos que habría de traer un nuevo ser, experimentó la tristeza infinita del derrumbe de todas esas ilusiones, al perder, víctima de rápida enfermedad a su única hija, en los instantes precisos en que ésta iba a obtener el fruto de bendición de sus primeros amores. Tuvo que presenciar, con el corazón destrozado, la muerte prematura de su hija Milagros. A Lolita, la buena y dulce compañera de su vida, la que

abriera, en su juventud, su corazón al amor; en la que depositó sus mayores ternuras, tuvo que verla, durante años, postrada en un sillón, víctima de cruel enfermedad y para la que resultara impotente toda su ciencia. Y qué decepción más grande para aquel clínico eminente, para aquel notable investigador, para aquel hombre de un saber tan profundo, el sentirse desarmado ante la enfermedad que ataba, con lazos tan invisibles como inquebrantables, al ideal de su vida, en la silla del dolor, víctima de la inutilidad física.

Más tarde, en otro orden, supo también de las humanas ingratitudes. Cuando había alcanzado, como justo premio a su enorme, magna y fructífera labor científica, a sus continuados afanes por el progreso y bienestar de esta tierra, a sus desvelos y trabajos para su saneamiento total, recibía como premio a esa vida de virtud, de laboriosidad y de esfuerzos, la rápida e inesperada aceptación de la renuncia del cargo de Secretario de Sanidad y Beneficencia, que tanto enaltecía con sus grandes principios.

Guiteras soportó, con evangélica resignación, todas estas duras pruebas del destino. Jamás expresó una queja, ni un reproche. No turbó la ajena tranquilidad con manifestaciones externas de su dolor, ni formuló reproches ni protestas. Y es que, seguramente, su corazón era grande para el bien, grande para el amor, grande para el dolor.

Enfermo cuerpo y de alma, en el ocaso de la vida, regresó a su amada Matanzas, para residir en su finca "San Antonio", donde vivió rodeado de los encantos de la naturaleza, sus montañas, y sus árboles, su "San Agustín", aquel río que tanto le atraía, que le recordaba los días felices de su infancia y primera juventud y donde se complacía en sumergirse, cada día, como en las aguas del Leteo, para buscar olvido a los infinitos pesares que oscurecían su alma.

Era tal la estimación que le profesaban sus compañeros y compatriotas; su crédito profesional y el acendrado cariño de sus conterráneos, que hasta allí, hasta su dulce y callado retiro, iban a buscarlo colegas, amigos y clientes, para testimoniarle unos y otros, sus invariables afectos, hacerle presente su devoción y simpatía y los pobres enfermos en demanda de sus sabios consejos. Guiteras vivía rodeado de un ambiente de amor, formado por los destellos de la respetuosa y cálida admiración de todos.

Al constituirse la Federación Médica de Cuba, al agruparse bajo la bandera gloriosa de esa nueva Institución, los médicos de la República, inspirados en los propios ideales de enaltecimiento de la Profesión, unidos por los mismos deseos de protección y de amparo a los compañeros y por todo lo que significa progreso, beneficio y dignificación de la clase Médica, al llegar la

hora de designar quien presidiese la naciente sociedad, un nombre brotó en todas las mentes y en todos los corazones: Guiteras!

Y por el sufragio unánime de todos sus compañeros, Guiteras fue electo el Primer Presidente de la Federación Médica de Cuba. Todavía recordamos la tarde memorable en que tomó posesión de ese alto cargo. Nos encontrábamos reunidos, en una inmensa mayoría, en la casi totalidad, los médicos cubanos, para dar posesión a los que habrían de dirigir la Federación Médica de Cuba.

Y al aparecer la figura venerable de Guiteras y al destacarse en toda su majestad y grandeza, se le tributó el más espontáneo, clamoroso y sincero tributo de honda y de profunda admiración. Fue algo sin precedentes. Guiteras, ausente desde hacía tiempo de la Habana, llevando vida de ermitaño en su finca lejana, surgió ante la vista de todos como una aparición. Se advertía en los concurrentes, un doble sentimiento: el del cariño, la veneración y el respeto al maestro bien amado y las ansias de reparar con una demostración bien ostensible, las amargas, los dolores y las ingratitudes de que había sido víctima. Y se alcanzó esa doble finalidad con la fuerza arrolladora de todos los movimientos sinceros y del sentimiento y con todas las manifestaciones verdaderas del sentir. Puede decirse, que allí en aquellos instantes, vibró, en una de sus manifestaciones más emotivas, el alma médica.

Y Guiteras se dió cuenta exacta de lo que aquel acto significaba, del propósito noble, enaltecedor, justo, de sus compañeros. Pudo “saborear”, digámoslo así, las dulzuras de la gloria, del respeto y del amor! Surgió ante su vista, la visión mágica de la gratitud de un pueblo, del sentir de una de sus clases más elevadas, del palpitar del corazón de sus profesores. Al poco tiempo falleció. Muchos piensan, que acaso la emoción intensa de aquel día, el vivir demasiado profundo de aquella hora sublime “descompensó” un corazón hecho para el dolor y que ante una demostración tan palmaria de la devoción fervorosa que sus compañeros le profesaban, de la gratitud y del cariño de los mismos, —sentimientos que inspiraba y que con modestia no soñara— alteró primero, “rompió” más tarde, el ritmo de la noble viscera.

Al tomar posesión de la Presidencia de la Federación Médica, Guiteras leyó una Alocución, que más que un Programa de planes a desarrollar en una Institución que nacía a la vida, era un verdadero “Testamento espiritual”, de un maestro que se daba cuenta que se iba de la vida. Más que las esperanzas nacidas al emprender un nuevo camino, tenía esa Alocución, las tristezas de eterna despedida.

En forma de consejos amables, Guiteras dictaba estas postreras recomendaciones:

“Sostened, elevad las Instituciones sanitarias del país. En el sentir de muchos es lo mejor que hemos tenido en Cuba, y no sé si precisamente, por todos los gloriosos triunfos que alcanzó, fue

blanco de los ataques de otras instituciones obscurecidas por aquel gran resplandor de éxito. Apenas surge en Cuba alguna asociación o agrupación cualquiera, no sé qué fatal tendencia innata en nuestro carácter la lleva a ponerse sistemáticamente de frente al Gobierno, actitud que se considera desgraciadamente como patriótica y que da renombre de valor cívico a la libertad. Estableced desde el principio buenas relaciones con el Gobierno para contribuir a enderezarlo por los buenos derroteros eliminando de la Sanidad, el predominio de la Política.”

Más adelante, condensaba ideas con respecto a las Casas de Salud de los Centros Regionales, diciendo, después de reconocer la importancia y valor de esas Sociedades, lo siguiente:

“Enseñadles a esas Instituciones a gastar menos en el lujo y en la ostentación, y más en el debido sostenimiento del personal idóneo que haga aprovechable para la publicación y el uso de las ciencias, el enorme caudal de material clínico que allí se pierde entre parques, jardines y columnatas.”

Y terminaba ese notable y último trabajo —esfuerzo postrero del Maestro que parecía decir por siempre adiós a sus discípulos—, cantando un himno ferviente a lo que fué su obsesión, propósito, culto de su vida: la Verdad. Y con voz que la emoción ahogaba, decía:

“Y finalmente, señores, aprovechad estos momentos de entusiasmo. Y esta propaganda y esta franca exposición de nuestro modo de ser nuestras inclinaciones y de nuestros pensamientos; aprovechadlos, os digo, para que resplandezca y perdure luminosa entre nosotros, la verdad. Un viejo Maestro y hombre bueno, dijo en nuestro país que “sólo la verdad nos pondrá la toga viril”; pero uno mucho más grande que él, Juan el Evangelista, había dicho antes que él: “y la verdad os hará libres”.

Y en medio de las más calurosas muestras de simpatía, hondamente impresionado, con su rostro animado de inefable sonrisa, Guiteras tuvo que marcharse, acto seguido, conmovido hasta lo más íntimo de su alma, por aquellas demostraciones de intenso cariño de sus compañeros, regresando al poético retiro de su Matanzas, al seno de su hogar...

Y a los pocos días, pasó, dulce, quedo y tranquilo, como “en puntillas” de la vida a la inmortalidad. Del vivir de nuestra compañía, ante nuestra mirada cariñosa, a las páginas de la Historia, a nuestro recuerdo reverente y amoroso...

Los sanitarios cubanos tenemos para con Finlay y con Guiteras, con Tamayo y Barnet, y con otros amados compañeros desaparecidos, una deuda por el alto ejemplo que nos ofrecieron con sus vidas, por sus enseñanzas, por sus merecimientos. Para saldarla, para mejor honrar sus memorias, debemos con pro

pósito firme, pensando en sus obras e inspirados en el bien y en el progreso de la Patria y de la Humanidad, decir ahora y siempre:

Maestros:

Continuaremos la obra por ustedes emprendida. Seguiremos los ejemplos que nos ofrecieron!

La Habana, Febrero de 1926.

BIOGRAPHY OF DR. GUITERAS

A detailed account, by Dr. López del Valle, on Dr. Guiteras' life and work as a student, doctor, revolutionary for his country's freedom, scientific researcher, Head of Public Health and Minister of Public Health and, finally, First Chairman of the Cuban Medical Federation, stressing his outstanding merits as Hygienist.

BIOGRAPHIE DU DR. GUITERAS

Le Dr. López del Valle fait un récit détaillé de la vie et travaux du Dr. Guiteras comme étudiant, médecin, révolutionnaire pour l'indépendance de la patrie, homme de Sciences, Directeur de la Santé Publique et Chef Suprême de la Santé Publique et, finalement, comme Premier Président de la Fédération Médicale Cubaine, mettant en évidence ses grands mérites d'hygiéniste.

